



M.A. LOPEZ-ROBERTS.
XCVII.

LAS CHULAPAS DEL DOS *de* MAYO *por* Antonio Botin Polanco



A medida que nos vamos cargando de años nos hace el efecto de que presenciáramos el Dos de Mayo. Contribuyen a formar esta impresión, de una parte, el recuerdo imborrable de aquellos brillantes desfiles militares en la Castellana de nuestra infancia en aquellos dos de Mayo anteriores al centenario del Dos de Mayo, en los que las señoras estrenaban sombrillas y los caballeros «canotier», y de otra, el que una persona de nuestra familia conserve en una vitrina la casaca del Capitán de Artillería Don Pedro Velarde. La falta de lejanos recuerdos personales hacía a nuestros cerebros infantiles incapaces de concebir la Historia, y al presenciar el desfile nos parecía que el Dos de Mayo era cosa del año anterior, que los héroes del Parque de Montealeón eran unos amigos de nuestros tíos artilleros.

Más tarde, de estudiantes, con nuestros pasos hacia la Universidad de la calle Ancha, hemos pisado casi todas las mañanas del curso, el escenario de una de las hazañas más gloriosas del Dos de Mayo. (Digo casi todas las mañanas del curso, porque éramos nosotros unos estudiantes sin más ambiciones políticas que la de alargar lo más posible las vacaciones de Navidad, y para conseguirlo solíamos volcar un simón frente a la puerta de la Universidad a las diez de la mañana de uno de los primeros días de diciembre, a las once nos íbamos a «la Parada» y no volvíamos a clase hasta después de Reyes). Mañanitas frías, en las que se helaba el aliento y se veían en la calle los burros de las traperas y los sacos de la basura revuelta con cáscaras de huevo. Y de repente —calle de Malasaña, de Daoiz y Velarde, del Dos de Mayo, Puerta del Parque— la Historia asaltaba nuestros pasos juveniles en cada esquina.

Aquel barrio de burgueses modestos, que era forzoso andar por el centro de la calle si quería eludirse la poco benéfica lluvia de las alfombras agitadas con desgarrar por las criadas en los balcones, había sido en el ochocientos cuna y florón de la majeza madrileña, barrio de las Maravillas. Cuando las tropas del Príncipe de Murat entraron en Madrid bajo la máscara de amigo, aquel barrio se cantaba a sí mismo una copla que decía:

Es la Corte la maja
de ambas Castillas
y la flor de la Corte
las Maravillas.
Toma piñones
que me gusta la gracia
con que los comes.

Que aquel barrio merecía la copla y el nombre lo demostró el Dos de Mayo. En la puerta del Parque de Montealeón, junto al heroísmo